

D. ANTONIO BENAVIDES DE LA CERDA.



Nueva relacion en la cual se refiere como un caballero andaluz se enamoró de una señora natural de Palermo, por la cual tuvo una reñida pendencia, y habiéndose embarcado para España, fueron cautivos de moros, con todo lo demás que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

A vos reina Soberana,
 madre de Dios pura y bella,
 pido alumbreis mis sentidos,
 para que mi torpe lengua
 pueda referir la historia
 mas peregrina y adversa
 que en las humanas edades
 por exquisita se cuenta.
 En el pensil mas florido
 que rica naturaleza
 puede producir primores
 de hermosura y de grandeza,
 donde mostró su poder
 el autor de Cielo y tierra

(que con decir, es Palermo
 se dijo toda belleza)
 se crió una hermosa dama,
 tan preciosa que en si mesma
 lleva el abono de linda,
 con desgracias que le esperan.
 Es su nombre y apellido
 doña María Teresa
 de Faro Leon y Torres,
 casa tan noble, que cuentan
 que muy pocas en Palermo
 la igualan en la nobleza.
 Con ostentacion y gala
 creció esta dama bella,

y siendo de catorce años
 disparóle una saéta
 el vendado niño ciego
 (que mas su poder ostenta
 en lo humilde, tierno y débil,
 que en el que fuerte desprecia
 sus amorozos arpones,
 resistiéndose á sus flechas,)
 é inclinó su voluntad
 á un andaluz de Antequera,
 que le llaman don Antonio
 Benavides de Lacerda,
 tan singular, que en España
 es notoria su nobleza.
 Estos dos finos amantes
 se estiman con tantas veras,
 que en los dos cuerpos un alma
 con el amor se alimentan.
 Viviendo con esta union
 en que el amor los sujeta,
 quiso don Juan Piñateli,
 napolitano en inquietas
 sediciones deshacer,
 tanta union con violencia.
 Escribióle á don Antonio
 un papel en que le reta
 para el campo, y luego en él
 le dirá la causa cierta,
 que le mueve al desafio
 de aquella campal empresa.
 Admitióle luego al punto
 su valor no dando treguas
 hasta saber el motivo
 que al napolitano mueva.
 Llegaron los dos al sitio
 señalado y sin espera
 así dijo don Antonio
 á Piñateli; ya es fuerza
 que aquí me digas la causa
 que me trae á la palestra.
 Y Piñateli responde
 con muy pronta diligencia;
 sí la diré, pues es justo
 que mi dolor os refiera.
 Esa deidad que en el pecho
 colocastes por diadema
 de tu amor firme y dichoso
 es quien mueve mis empresas;

ese cielo á que yo aspiro,
 doña María Teresa
 de Faro Leon y Torres,
 es causa de mis dolencias:
 y así suspende el impulso
 que llevas en poseerla,
 ó los filos de mi espada
 castigarán tus ideas.
 El valiente don Antonio
 al escuchar tal respuesta,
 no hay tigre fiero de Albania
 que á su enojo igualar pueda,
 y le dice: fementido
 Piñateli ¿cómo intentas
 quitarme el alma que tengo
 dando vida á mis potencias?
 ¿no sabes que es corto orgullo
 el tuyo para la empresa,
 y que es imposible eso
 aunque Nápoles viniera?
 Se arroja con valentía
 con tan no vista destreza,
 que le alcanzó con un tajo,
 rompiéndole la cabeza.
 En cuyo trabado lance
 dijo Piñateli: ea,
 favor aquí de los míos,
 y seis ó siete le cercan
 que en emboscada tenía,
 los cuales con ligereza
 embisten con don Antonio
 quien esgrimiendo su diestra,
 á los primeros embistes
 uno muerto quedò en tierra.
 En este fuerte intermedio
 de accion tan infame y fea,
 un turco acaso pasaba,
 y mirando la tragedia,
 tomó la espada del muerto,
 y con invencibles fuerzas
 al lado de don Antonio
 se puso diciendo, perra,
 canalla traidora, ¿cómo
 con tan no vista insolencia
 batallais tantos con uno?
 Y partiendo con destreza,
 no quedò traidor alguno
 en el campo que no huyera.

Reconociendo esta accion don Antonio de Lacerda, le dice: quién eres, hombre, que tan bizarro te muestras? Dijo el esclavo: yo soy un turco, á quien las tragedias de mi fortuna inconstante redujo á tanta miseria de ser esclavo en Sicilia; pero noble en tal manera, que si volviera á mi pátria, vasallos me obedecieran. Este he sido y este soy, perdonad mi osada empresa, que solo quise serviros en accion tan baja y fea como en la que los contrarios ejercitaron sus fuerzas. No respondió don Antonio mas que decirle que fuera á acompañarle gustoso, advirtiéndole que era fuerza el que los dos á sagrado se retiraran, porque hecha una muerte en el fracaso quedaba por cosa cierta. Retiráronse á un convento, y á otro dia con presteza supo el dueño del esclavo que se valiò con cautela de un amigo confidente para hacer la diligencia del rescate y con dinero, que la libertad tragera como en efecto así fué y tívola sin resistencia. Llamó al turco don Antonio y hablóle de esta manera: ya estás libre noble turco, que si anoche tu nobleza amparo me dió en el campo, agradeciendo finezas, hoy te doy la libertad; este es el auto que expresa tu rescate, ahí le tienes: y porque mas bien lo creas, ya queda en el puerto nave que te conduzca á tu tierra.

El turco de agradecido vertia lágrimas tiernas; y le dijo: ¡oh! quiera Alá, que algun dia pagar pueda beneficio tan supremo; y que la inconstante rueda de la fortuna se fije solo en dichas de tu esfera. Despidiéronse amorosos partiendo el turco á su tierra, y el famoso don Antonio escribióle la tragedia que aconteció, á la hermosa doña María Teresa. La escribió por estenso todo el caso, y que si era gustosa, la sacaria en aquella noche mesma por seguro de su casa, y puesto con ligereza en una nave española que estaba ya de su cuenta para hacer viaje á España que enviase la respuesta, pues la justicia en Palermo que le buscase era fuerza: y de esta suerte cesaban tanta multitud de penas como el corazon tenia temeroso de perderla. Recibió doña María esta carta, y con presteza respondióle: «amante mio, dulce iman de mis potencias, ya reconoces mi afecto el riesgo que con cautela te ha buscado un alevoso; y así respondo, que queda mi amor constanste esperando el seguirte en tus tragedias. Dios te guarde dueño mio, Soy tuya María Teresa.» Cerró el pliego y remitióle, el cual al instante llega á manos de don Antonio, y en leyéndolo se apresta para el caso, disponiendo que se pusiese á la vela

la nave que queda dicha para la presente urgencia. Llegó la noche y resuelto amante fino se llega á la casa de su dama que estaba de centinela esperando que su amante como lo escribió viniera. El que le dijo: ¿sois vos doña María Tesesa? Yo soy esposo del alma; quien firme amante te espera. Dijo don Antonio entonces: agradezco tus finezas, y así, dueño de mi vida, vamos que la nave espera para hacer viaje á España, que allá en mi patria Antequera ligarán los bendiciones de nuestra madre la Iglesia nuestras finas voluntades; así el Dios supremo quiera darnos próspero viaje. Toda su ropa le entrega, marchan al puerto, y la lancha que de prevencion espera, condujo á los dos amantes á la nave, y á la vela se hacen alegres, marchando para España con presteza. Pero estando en alta mar, aquella inconstante rueda que siempre de vana varía las desdichas y tragedias, les redujo á tal estado que igual no es fácil se advierta. Enojóse el gran Neptuno, y sus espumas se elevan á la triste navecilla hasta las estrellas mismas y á lo profundo la abaten, ya entre cristales se anega, y zozobrando affligida la gente en ansiosas penas no podia hallar recurso que de algun alivio fuera. Corrieron esta borrasca tres dias, sin que pudieran

los suspiros y oraciones suspender tan gran tormenta; y al cabo de ellos se hallaron atacados con tal fuerza por una nave argelina, que sin hacer resistencia fué preciso el entregarse ó las vidas se perdieran. Aquí fueron los sollozos, vertiendo lágrimas tiernas los afligidos amantes viendo su fortuna adversa. Fueron llevados á Argél, y así que saltan en tierra, los pusieron como estilan á los cautivos, en venta. A pregon, siendo vendidos, doña Maria Teresa se destinó para Túnez, que un turco de rica esfera le enviaba de regalo á un grande de aquella tierra y el famoso don Antonio Benavides de Lacerda quedóse pobre cautivo en Argél con gran miseria. ¿Qué pluma podrá esplicar el dolor, angustia y pena que estos dos finos amantes sufrían en su tragedia! Decia doña Maria vertiendo sus ojos perlas: á Dios, esposo del alma; quién en tus trabajos fuera alivio, gozo y descanso, que los míos menos fueran! Respondiendo don Antonio: hermosa dama, Dios quiera, pues por mí te ves cautiva, que con sangre de mis venas consiga tu libertad y así cesarán mis penas. Y hablándose con los ojos dividieron con fiereza estos dos cuerpos y un alma que de amores se alimentan, Y en otra segunda parte diré lo demás que resta.

SEGUNDA PARTE.

En la que se refiere lo que pasaron en su cautiverio don Antonio Benavides y doña María Teresa; como llegaron con felicidad á España y se casaron; con lo demás que verá el curioso lector.

Ya que en la primera parte afrecí daría cuenta del fin que tuvo esta historia de don Antonio Lacerda quedamos en que cautivos los dos amantes se quedan, dentro de Argél don Antonio arrastrando una cadena, y á Túnez fué de regalo doña María Teresa. Llegó pues con ei presente un turco que es quien lo lleva á un gran señor á quien iba remitida la belleza de dama tan desgraciada; y apenas el pliego entrega con el regalo ya dicho, cuando el noble turco queda absorto de la hermosura que la magestad suprema epilógò en esta dama ostentando su grandeza. Y viendo que sus dos soles estaban vertiendo perlas lamentando su desdicha, le dijo el turco, no temas cristiana, pues te aseguro vienes á tu casa mesma; no pienses que como esclava estarás en mi presencia.

Respondió doña María; yo, señor, que piense es fuerza, soy tu esclava, pues fortuna con un vuelco de su rueda me redujo á este estado dichoso porque en él pueda servirte con mucho gusto obediente á tu grandeza. Dijo el turco: sobre hermosa, sois cristiana muy discreta. Despachó luego al instante al enviado con treinta cequíes de gratitud para él solo, y otros treinta valones de rica grana y hermosas ropas de seda para su corresponsal como grata recompensa del regalo recibido que estima sobre manera. Al cabo de algunos dias el turco como se encuentra tan herido del amor, pues sus crueles saetas penetraron hasta el alma, discurria alla en su idea una ocasion oportuna con que hablarla pudiera á su adorada cautiva, á aquel cielo que venera

por imán de su alvedrío
 y norte de sus potencias,
 á aquel prodigio humanado,
 doña María Teresa,
 que triste y desconsolada
 en sus oraciones tiernas
 clamaba á la virgen pura
 diciendo de esta manera:
 madre de desamparados,
 virgen pura, hermosa y bella,
 alcanzad de vuestro hijo
 señor nuestro, me defienda
 de tantas persecuciones
 con que este turco me cerca.
 No permitais, madre mia,
 ya que cautiva me vea
 el que ofenda á vuestro hijo,
 sed mi amparo y mi defensa.
 Así suspiraba triste
 pero su amo que observa
 sus aflicciones, la dice:
 es posible, ingrata bella,
 que la tristeza en tu pecho
 tan de firme se aposenta?
 tú eres señora absoluta
 de mi alvedrío, y si fueras
 agradecida á mi amor,
 lo fueras de mis riquezas;
 pero si ingrata prosigues
 con el menosprecio, piensa
 que quien te estima soy yo,
 y si cruel tu belleza
 no corresponde á mi amor
 y desprecias mis finezas,
 lo que no hagan mis cariños
 ha de lograrlo la fuerza.
 Mas viéndola tan constante,
 y firme hacer resistencia,
 obstinado se arrojó
 con acciones descompuestas,
 que fué preciso á la dama
 le dijese: aguarda, espera,
 que si piensas que estoy sola,
 no estoy sola, no lo creas,
 que tengo amante presente,
 que se pondrá en mi defensa,
 y que sabrá castigar
 demasías desatentas.

Dijo el turco: ¿cómo es eso?
 ¿pues quién en mi casa fuera
 capaz para ser tu amante,
 que tan solo yo no fuera?
 Respondióle muy briosa
 doña María Teresa:
 quien mi corazon ocupa
 cual dueño de mis potencias
 aunque ausente, con su imágen
 haciéndome esta defensa.
 Replicóle: no es posible
 si mas claro no lo muestra.
 Entonces doña María
 le respondió: porque veas
 que es muy cierto lo que digo,
 esta caridad lo muestra.
 ¿No has visto un pomposo árbol
 arraigado en fértil tierra,
 que el labrador ingenioso
 queriendo que el fruto sea
 á medida de su gusto,
 le acora en parte, y conciencia
 le introduce cierta rama
 de otro árbol, de manera
 que queda con él unida,
 y se vé por esperiencia,
 que echa el fruto introducido
 y el de su naturaleza,
 siendo tan firme esta union
 qué inseparable se muestra?
 Pues de esta suerte yo fui,
 producida de la tierra,
 llegó el amor ingenioso
 con una aguda saeta
 que me pasó el corazon
 é introducida la deja,
 con cuya especie ingirió
 distinta naturaleza
 á la mia, la cual vive
 tan patente en mis potencias,
 que sin que pierda yo el ser,
 el suyo unido se queda:
 y tambien de la amorosa
 de don Antonio Lacerda;
 mira si estará presente
 donde estoy yo de manera
 que no puede el uno al otro
 desasirse aunque tu quieras.

El turco que aquesto oyó,
 prorumpió diciendo: espera
 hermosa deidad, y dime
 que don Antonio Lacerda
 es ese que me refieres,
 que pendiente de tu lengua
 está todo mi cuidado
 aguardando la respuesta?
 Respondió doña María;
 es, señor, porque lo sepas
 un caballero andaluz,
 que es natural de Antequera,
 tan galan como un Adonis,
 discreto sobre manera,
 esforzado como él mismo
 y noble sin competencia.
 Llegó á Palermo mi pàtria
 y Cupido con saetas
 unió nuestros corazones
 como ya dicho te queda:
 á este tiempo un cruel traidor
 napolitano, en inquietudes
 sediciones intentó
 romper la dulce cadena
 de nuestras dos voluntades,
 previniendo con cautela
 una embocada traidora,
 y luego al campo le reta
 para que allí descuidado
 infame muerte le dieran.
 Llegaron por fin al sitio,
 la emboscada estaba alerta,
 salen, pero un noble turco
 le defendió en la palestra,
 y con sus favor y auxilio
 don Antonio se liberta.
 Quedó un muerto y un herido
 en esta fuerte refriega,
 y comprando de aquel turco
 la libertad á su espensa,
 nos embarcamos muy luego
 para España con presteza.
 Estando ya en alta mar,
 los argelinos nos cercan,
 y cautivos en su playa
 nos pusieron luego en venta.
 A mi amante le compró
 un turco de gran riqueza,

y á mí tu corresponsal,
 trayéndome á tu presencia,
 en la cual...No digas más,
 suspende la voz, espera,
 que no sabes los misterios
 que tus fortunas encierran;
 vive seguro en que presto
 á tu amante libre veas.
 Luego al instante dió orden
 á sus criados, que fueran
 á prevenir una nave
 conducente á su grandeza.
 Hecho esto, fué llamada
 doña María Teresa
 por el turco, y sin decirle
 sus pensamientos ni ideas,
 ambos á dos se embarcaron
 para Argél con gran presteza.
 Llegaron pues á su puerto,
 y desembarcando en tierra,
 el turco fué y preguntó
 con eficaz diligencia
 por el que habia comprado
 á don Antonio Lacerda.
 Luego le dieron noticia,
 y sabiendo el que era,
 le visitó muy cortés,
 y despues de sus zalemas,
 le dijo: que era su empeño
 que un cautivo de Antequera
 que se llama don Antonio
 Benavides de Lacerda,
 se lo otorgase al instente
 por el precio que quisiera.
 Le respondió que gustoso
 en aquella hora mesma
 le serviría, y llamóle,
 que ocupado en su tarea
 con los demás compañeros
 estaba con mucha pena.
 Pagó luego su rescate;
 y dijo que le siguiera:
 fueron ambos donde estaba
 doña María Teresa,
 y al instante que se vieron
 mudas quedaron sus lenguas
 del júbilo y alegría
 que en sus corazones reina.

El turco con grande gozo
 les dijo de esta manera:
 ya estas libre hermosa dama,
 tú y don Antonio Lacerda
 que si en Sicilia me distes
 libertad con gran franqueza,
 hoy en Argél yo te pago
 con esa misma moneda.
 Tu esposa intacta te entrego
 con una nave ligera
 cargada de bastimento
 y regalos de mi tierra,
 para que con fin dichoso
 os conduzca hasta la vuestra.
 Id en paz, noble español,
 y que la fortuna adversa
 se reduzca solo á dichas
 á vuestro arbitrio sujeta.
 Don Antonio con su dama
 dan al turco con ternera
 repetidísimas gracias

por tan singular fineza.
 Se despiden amorosos,
 y echando á la nave velas,
 se encomiendan á la vírgen
 para España dando vuelta,
 cuyo viaje lograron
 con felicidad entera,
 pues dentro de breves horas
 llegan á Málaga bella,
 y desde allí se pasaron
 con prontitud á Antequera
 donde de los suyos fueron
 recibidos con gran fiesta.
 Celebrose el matrimonio,
 dando á la bondad suprema
 repetidísimas gracias
 por el bien que les dispensa.
 Y concluyendo la historia,
 humilde pide el poeta
 que le perdonen las faltas
 que en este escrito se adviertan.

FIN.

CARMONA:—1864.

Imprenta de D. José Maria Moreno, calle Madre de Dios núm. 4.